

LECCIÓN 08: EL SÁBADO Y EL FIN

El mensaje del primer ángel finaliza con la expresión “adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7). Tal y como lo notamos la semana anterior, Dios es digno de recibir toda alabanza y honor porque Él es nuestro creador (Apocalipsis 4:11) y redentor (Apocalipsis 5:9). Al comparar esta última expresión del primer mensaje angélico con el contenido del cuarto mandamiento de la ley, notaremos que hay una similitud impresionante. El título de creador y la esfera de dominio de Dios aparecen reflejados en ambos pasajes. Veamos:

“Porque en seis días hizo [título] Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay [dominio]” (Éxodo 20:11).

“Adorad a aquel que hizo [título] el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas [dominio]” (Apocalipsis 14:7).

Así que, el mensaje del primer ángel nos insta a adorar a Dios a través de la observancia del sábado, el cual es un “recordatorio del poder creador de Dios, [y] lo señala a él como Creador de los cielos y de la tierra. Por lo tanto, es un testimonio perpetuo de su existencia, y un recuerdo de su grandeza, su sabiduría y su amor.” (Patriarcas y Profetas, Pág. 306). Cuando el creyente adora a Dios en sábado está reconociendo que el mundo y todo lo que hay en él, no es el resultado de un proceso evolutivo de millones de años, sino del poder de la palabra de Dios que dio orden y vida a nuestro planeta en siete días literales.

Pero el sábado, no solamente conmemora la obra de la creación, sino también la obra de la redención. Notemos a continuación el nexo que la Biblia construye entre ambos conceptos: “Tú hablarás a los hijos de Israel y les dirás: “En verdad vosotros guardaréis mis sábados, porque es una señal entre mí y vosotros por vuestras generaciones, para que sepáis que yo soy Jehová que os santifico Éxodo 31:13” (Éxodo 31:13). ¿Lo notaste? El sábado es una señal de que nuestra santificación proviene totalmente de Dios. Así, el sábado no solamente nos recuerda que Cristo es nuestro creador, sino también que Cristo “es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 1:24).

De hecho, el mismo apóstol Pablo vinculó el reposo del sábado con el reposo de la salvación. Escribió: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios. Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:9-10). Es importante recalcar que, en este pasaje, se utilizan dos palabras griegas diferentes para “reposo”. En el versículo 9 se emplea “sabbatismós” y en versículo 10 se utiliza “katápausis”. Etimológicamente “sabbatismós” es una palabra que deriva de “sábado”, y que puede ser traducida como “reposo sabático”, tal y como lo hace la versión Reina Valera Actual (2015). A lo largo de la historia, Hebreos 4:9-10 ha

sido utilizado para resaltar la observancia del sábado, mientras que en otras ocasiones se lo ha empleado para cuestionar la vigencia del mandamiento, argumentando que el reposo final que el creyente espera está en Cristo. La verdad es que ninguna de las dos posturas refleja en realidad lo que el texto bíblico desea presentar. Al traslapar estas dos palabras diferentes para reposo (“sabbatismós” y “katápausis”), Pablo está planteando un símil —no una sustitución— entre el reposo del sábado y el reposo de la salvación. Esto nos muestra que el descanso definitivo que se nos promete mediante lo que Cristo hizo por nosotros no reemplaza el sábado bíblico; al contrario, lo enaltece. “El pasaje simplemente emplea una figura, la del reposo del sábado, con todas sus bendiciones y sus símbolos, para ilustrar la idea del reposo de Dios. La Epístola a los Hebreos está dirigida a quienes observaban el sábado y gozaban de sus bendiciones. Este texto contiene una invitación a los cristianos hebreos de dar al reposo sabático semanal una amplitud mayor, a saber: reconocerlo como un símbolo claro del reposo eterno que Dios promete. Esta misma invitación es para los cristianos observadores del sábado en el siglo XX” (7 *Comentario bíblico adventista*, 438). Esto nos da la pauta para hacer una comparación entre el reposo de la salvación y el reposo del sábado. ¿Qué similitudes existen entre ambos? Consideremos a continuación algunas de ellas:

(1) Ambos pertenecen a Dios, y fueron hechos para el beneficio del hombre. Al igual que la creación, el sábado pertenece a Dios (Isaías 58:13) y “fue hecho por causa del hombre” (Marcos 2:27). La obra de la redención también pertenece a Dios (Apocalipsis 19:1) y fue dada para el beneficio del hombre (Hechos 4:12).

(2) Ambos fueron entregados como un don gratuito para la humanidad. El sábado fue dado como un regalo para toda la humanidad (Marcos 2:27), un oasis en el tiempo para que toda nación, tribu, lengua y pueblo disfrutara de sus ricos y maravillosos beneficios. De igual forma, “la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres” (Tito 2:11). El sábado, al igual que la salvación, existe por sí mismo como una realidad objetiva para la raza humana entera, sea que lo aceptemos o no. Ambos son un don, y lo único que podemos hacer con ellos es simplemente recibirlos o rechazarlos. No materializamos el sábado al reconocerlo como día de reposo, pues el sábado ya existe en el tiempo y ocupa un lugar en el ciclo semanal. Tampoco convertimos la salvación en una realidad al creer en Cristo, pues la salvación como hecho objetivo e histórico ya fue consumada en la persona y obra de Cristo. No hay nada que podamos hacer para contribuir a ello. La experiencia subjetiva de ese hecho objetivo ocurre cuando la aceptamos por fe, cuando dejamos de resistirnos a la atracción de su amor. La fe no crea nuevos hechos, simplemente cree y reconoce los hechos que Jesús ya realizó.

(3) Ambos gozan de la bendición de Dios. La bendición de Dios está en el sábado. Las Escrituras declaran que al principio “bendijo Dios al día séptimo” (Génesis 2:3). Por su parte, el creyente encuentra en Cristo la bendición de Dios, quien “nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales” (Efesios 1:3).

(4) Ambos portan la santidad de Dios. El sábado fue santificado por la presencia misma de Dios (Génesis 2:3). De igual forma, el creyente es santificado por Cristo, “el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30). El pastor A.T. Jones expresó de manera magistral este paralelismo cuando afirmó: “Jesucristo mora en aquel que cree en su evangelio. La presencia de Cristo está allí, y lo hace santo. Eso es lo que hizo santo al sábado. Por lo tanto, el sábado, en lo que respecta a la santidad, es exactamente la señal de lo que Cristo es para aquel que cree en Él” (*Boletín Diario de la Conferencia General*, 02/03/1893).

(5) Ambos indican que la vida inicia, no obrando, sino reposando. Adán y Eva no iniciaron su existencia obrando, sino reposando. Ellos dedicaron su primer día de vida a reposar en el sábado de Dios (Génesis 1:26-28 y 31; 2:1-3). Cuando el hombre es recreado, este también entra en el reposo de la salvación; su nueva vida inicia, no obrando, sino reposando en la obra perfecta de Cristo: “Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (Hebreos 4:10).

(6) Ambos conmemoran la obra y el poder de Dios. Cristo acabó su obra de creación al final del sexto día, y reposo el séptimo (Génesis 1:31; 2:1-3). Pero también, las Escrituras nos dicen que Él acabó la obra de la redención en la cruz en el sexto día, cuando dijo “Consumado es” (Juan 19:30), y reposó en el sepulcro el séptimo día. Así, el sábado conmemora el poder creativo de Dios para llamar las cosas a la existencia por el aliento de su boca. Pero también el sábado nos recuerda que ese mismo poder tiene la facultad de re-crear al hombre y hacerlo una “nueva criatura” (2 Corintios 5:17).

(7) Ambos señalan a Dios como proveedor. A través de la doble porción de maná en el día de preparación para que los israelitas pudieran comer en sábado (Éxodo 16:23-24), Dios nos recuerda que Él es nuestro proveedor y que dependemos completamente de su providencia para satisfacer aun nuestras necesidades más básicas. Lo mismo sucede con la salvación: esta nos recuerda que dependemos enteramente de Cristo, quien dijo: “Separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:5). Todo lo que la salvación conlleva ha sido provisto por gracia.

Ambos forman parte de la gran disyuntiva del conflicto final. La salvación por las obras es un método de salvación opuesto a la salvación mediante la fe de Jesús, así como la observancia del domingo es contraria a la observancia del sábado como verdadero día de reposo. Si el sábado es una señal y sello de la justicia por la fe (Éxodo 31:13; Deuteronomio 5:15; Ezequiel 20:12); entonces el domingo debe representar la marca distintiva del legalismo, cuya base descansa en un concepto de salvación por obras y méritos humanos. ¿Notaste la estrecha relación que guarda el sábado y la salvación en el umbral del tiempo del fin? De hecho, la mensajera del Señor definió, en esencia, el sello escatológico del sábado como una “marca de redención” y “señal de la cruz del Calvario”. Notemos la cita en cuestión: “¿Qué es el sello del Dios viviente que se coloca en las frentes de los suyos? Es una marca que pueden leer los ángeles, pero no los ojos humanos, pues el ángel destructor debe ver esa marca de redención. La mente inteligente ha visto la señal de la cruz del Calvario en los hijos y las hijas que el Señor ha adoptado” (7 *Comentario bíblico adventista*, 980). ¿Por qué Elena de White afirma que

el sello escatológico es una “marca de redención” y la “señal de la cruz del Calvario”? ¿Acaso ella no dijo una y otra vez en sus escritos que el sello final es el sábado? ¿Se estará contradiciendo a sí misma? Estas preguntas no son difíciles de responder si recordamos que el sábado es el sello de la justificación por la fe. Por esa razón, ella no tiene ningún problema al referirse al sábado como una “marca de redención” o “señal de la cruz del Calvario”. El sábado no solamente es la estampa del poder creativo de Dios, sino también la impronta de su poder redentor. Ahora, ¿es posible que la marca de la bestia esté relacionada con la salvación por obras, tal y como afirmé hace un momento? La respuesta es sí. El domingo está estrechamente vinculado con la falta de reposo espiritual en Cristo y la adicción compulsiva a salvarse mediante la meritocracia. Leamos la advertencia que aparece en el mensaje del tercer ángel y descubramos esta relación: “Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre” (Apocalipsis 14:11). Concluimos, pues, que el sábado y la salvación mediante la fe de Jesús, versus el domingo y el legalismo, juegan un papel importante en la disyuntiva del conflicto final. En otras palabras, habrá una confrontación entre las únicas dos religiones que existen: la religión verdadera del nuevo pacto que presenta al sábado como señal del poder creativo y redentor de Cristo, versus la religión falsa del antiguo pacto que presenta al domingo como la marca distintiva de la egolatría papal y la salvación por obras.

A la luz de los paralelos que hemos examinado anteriormente, podemos concluir que la observancia del sábado es una proclamación semanal al mundo, de nuestra experiencia continua de justificación por la fe: una señal de que no confiamos en nuestras propias obras para alcanzar la salvación, sino en la obra acabada de Cristo en nuestro favor. Una invitación semanal para no olvidar nuestro continuo y necesario descanso en la gracia divina. Así, el sábado no se trata de hacer o dejar de hacer, sino de lo que Cristo hizo y hace por y en nosotros. El sábado nos recuerda que “tu esperanza no está en ti; está en Cristo. Tu debilidad está unida a su fortaleza, tu ignorancia a su sabiduría, tu fragilidad a su poder eterno. De modo que no debes mirarte a ti mismo ni dejar que la mente se espacie en el yo, sino mirar a Cristo” (*El camino a Cristo*, 70). El sábado, como lo dijo E.J. Waggoner “no es un deber obligado, necesario para obtener el favor de Dios, sino que es guardar la fe mediante la cual se nos atribuye la justicia... El sábado no es una obra, sino un reposo: el reposo de Dios. La verdadera observancia del sábado no es justificación por las obras ni tiene nada que ver con ello. Es, por el contrario, justificación por la fe: el reposo pleno que corresponde a una fe perfecta en el poder de Dios para crear un nuevo hombre y para guardar el alma de caer en el pecado” (*El pacto eterno*, 232).

Cuando entendamos el verdadero reposo espiritual del sábado no consentiremos en perder tiempo en la búsqueda de nuestros propios deleites, sino en la contemplación de Cristo y su justicia perfecta, la cual nos capacita para obedecer. Actividades laborales, académicas o recreativas pierden por completo su valor en el día sábado cuando admiramos la maravillosa gracia divina y adoramos “a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apocalipsis 14:7). ¡Gloria a Dios, porque cada semana podemos recordar a través del sábado que Cristo es nuestro dulce y necesario reposo, y

que nada podemos agregar a su magnífica obra de salvación! El sábado no solamente es una invitación a descansar del trabajo físico, sino también de la inútil ansiedad espiritual por tratar de ganar el amor de Dios a través de nuestros esfuerzos. Descansa, hermano mío, en los brazos de tu redentor, teniendo en cuenta que su amor por ti es eterno e invariable; por lo tanto, no puedes hacer absolutamente nada para que ese amor sea ampliado ni tan siquiera un milímetro más por ti. No conviertas su sello de libertad en un yugo pesado y carga fastidiosa. Recuerda que el sábado es la antítesis del legalismo. Así que, te invito a descansar de tu “yo” para que Cristo pueda trabajar en ti y transformarte.

“A todos los que reciban el sábado como señal del poder creador y redentor de Cristo, les resultará una delicia. Viendo a Cristo en él, se deleitan en él. El sábado les indica las obras de la creación como evidencia de su gran poder redentor. Al par que recuerda la perdida paz del Edén, habla de la paz restaurada por el Salvador. Y todo lo que encierra la naturaleza, repite su invitación: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, que yo os haré descansar” (*El Deseado de todas las gentes*, 255).

Autor: Oscar Pacheco



<https://www.facebook.com/photo?fbid=770138004554056&set=a.590705622497296>